


uno

a noche es tranquila, silenciosa. El viento, único susurro que agita las hojas de los árboles en el Parque Agnus. Sus puertas, imponentes figuras de hierro y óxido casi invisibles en la oscuridad, ya están cerradas. En su interior se mueve, sin embargo, una esquiua figura. Es Aurora, de unos setenta y cinco años. Su pelo blanco se entrelaza en una larga trenza que cae sobre su hombro izquierdo, cubierto por un abrigo largo, oscuro y con varias hebillas metálicas que caen y se agitan produciendo un leve tintineo.

Con calma, sube el camino de tierra que lleva a la parte más elevada de un pequeño montículo en el centro del parque. Allí observa las estrellas, su luz parpadeante casi imperceptible pero constante. La luna, en cuarto creciente, deja ver su brillo sin una nube que la cubra. Aurora, en silencio, desvía su mirada para sacar del bolsillo de su abrigo una pequeña bolsa de tela marrón. Introduce su mano y esparce a su alrededor el contenido, un polvo plateado que reluce bajo la luz de la luna. Tras formar un círculo perfecto con ella en el centro, guarda de nuevo la bolsa y se agacha ligeramente. Extiende su mano para coger un puñado de tierra bajo sus pies y lo introduce inmediatamente en otro bolsillo. Pasan unos segundos, y cierra sus ojos. Silencio. El viento agita con mayor fuerza las ramas de los árboles. Más fuerte, más fuerte... casi ensordecedor.

De repente se detiene, como si nunca hubiera soplado una brisa en ese lugar.

A su alrededor todo parece igual y diferente. Antes de incorporarse, introduce de nuevo la mano para sacar el puñado de tierra que previamente había guardado y lo arroja junto a sus pies. A pesar de la oscuridad, cualquiera podría distinguir el color totalmente diferente respecto a la que forma el suelo. Aurora deja atrás el montículo, en el que tampoco está ya el círculo que había dibujado.



Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete... Es imposible, no puede dormir. Como tantas otras noches, la joven Aurora se levanta de su cama con brusquedad. Son las 4:35 de la mañana. Se acerca al baño y observa su reflejo en el espejo. Tiene unos veinte años, el pelo corto y moreno, y en su rostro pueden apreciar dos grandes ojeras y varias gotas de sudor que van de su frente hasta las mejillas. Tras salir del baño observa una luz titilante que proviene del salón, colándose como una delgada línea proyectada en la pared del pasillo desde la puerta entreabierta de la estancia. Al abrirla por completo ve a Pedro, dormido en el sillón. La luz proviene del televisor encendido y sin volumen. Cuando se acerca puede ver sus ojos cerrados, esa nariz abultada que tantas veces le dijeron que había heredado y de la que tanto se avergonzaba, y una barba de pocos días bastante descuidada. Lo arropa con delicadeza utilizando una manta que caía por el brazo del sillón, apaga el televisor y se marcha, cerrando la puerta con cuidado.

La calle está en calma. Es una urbanización de hermosas viviendas dispuestas en línea recta a ambos lados de una calzada de dos carriles. Al salir del portal se dirige directamente a un pequeño parque, a dos casas de distancia. Siempre le gustó el banco que hay a la entrada, desde el cual podía ver el único hueco entre las casas que mostraba el horizonte. Este se dibuja como una fina línea bordeada por la luz de la luna, ahora sobre ella, en cuarto creciente.

—Yo también solía tener problemas para dormir.
—La voz, sin duda de una mujer mayor, la sorprende cuando había cerrado los ojos para relajarse en el banco.

Inmediatamente Aurora levanta la vista para observar a una anciana vestida con un elegante abrigo oscuro con varias hebillas metálicas colgando de diversos cinturones, y una singular trenza que cae por su hombro izquierdo.

—¿Puedo sentarme? —pregunta de nuevo la anciana.

Aurora asiente y la mujer se relaja sobre el banco de barras de madera, dejando una distancia razonable respecto a su primera ocupante.

—¿Sabes? Cuando mi madre murió no supe cómo sentirme. Tuvimos una relación... complicada.

Aurora, lejos de sentirse asustada o incómoda, escucha con atención el relato de la anciana, que no la mira directamente. En su lugar, ella prefiere mantener la vista al frente, lo que apenas le permite ver su nariz sobresaliendo tras su trenza.

—Eso sí es duro. Saber que debes derramar una lágrima y tener que obligarte a ello. Hasta que, al final, no